



REVISTA
trazos
UNIVERSITARIOS

ISSN 1853-6425
Mayo, 2011

¿Quién habla en la Biblioteca?

***De Michel Foucault a J. L. Borges,
los emplazamientos del autor***

Lucas Cosci
lucascosci@latinmail.com



Resumen

Queremos en este trabajo explorar la obra de Borges desde los avances que Michel Foucault ha desarrollado en torno al “lugar” del autor en el texto. Creemos que en la obra de autor de *Fervor de Buenos Aires* hay una serie de alusiones desde el discurso, desde lo metafórico y desde lo ficcional, en franca coincidencia con los postulados de Foucault. Como Foucault, Borges campea la hipótesis de una configuración epocal en la que la figura del autor no tiene la relevancia que nuestra civilización ha puesto. *El autor es una “función” del texto* -Foucault insistirá con esta categoría- que se cumple desde su ausencia, desde el papel del muerto. Se trata de la desaparición del autor como referencia singularizada e histórica del texto. Es un principio ético porque se trata de una regla inmanente que marca a la escritura como práctica. Hablar de la desaparición del autor no significa hablar de su inexistencia. Se trata de entender a nuestra cultura occidental desde un tipo de discurso dotado de esta función.

Palabras claves: autor, función, texto

Abstract

We want this work to explore Borges' work from the progress that Michel Foucault has developed around the "place" of the author in the text. We believe that in the author's work of *Fervor de Buenos Aires* there is a series of allusions from the speech, from the metaphorical and from the fictional, in coincidence with the postulates of Foucault. As Foucault, Borges haunts the hypothesis of an epochal configuration in which the figure of the author has no relevance that our civilization has.

Key words: autor, function, text

El autor es licenciado en Filosofía. Profesor Asociado de las cátedras de Introducción a la Filosofía y Filosofía Contemporánea de la carrera de Licenciatura en Psicología, Facultad de Ciencias de la Educación.

1. El sordo murmullo de una biblioteca infinita

Alguien imagina una biblioteca, *La Biblioteca de Babel*. Total, eterna, infinita, sus anaqueles registran todas las posibles combinaciones entre un limitado número de caracteres. Una memorable fabula. No hay autor. O si lo hay, el relato no lo considera un dato relevante. Es la Biblioteca y sus libros quienes tienen preeminencia sobre los hombres. Los libros son combinaciones posibles de signos y la biblioteca es la infinita posibilidad de combinaciones. Un autor es el nombre de una combinación posible. Como combinación es una entidad que precede a cualquier nombre.

Alguien imagina un libro, *El Libro de Arena*. Total, eterno, infinito; de arena, de infinita e inabarcable arena, sus páginas registran todas las combinaciones posibles. No hay autor. Es el libro y sus inagotables páginas, quien tiene preeminencia sobre los hombres.

El nombre de “autor” de estas fábulas es de *Borges*, alguien cuyas obras han orillado las incertidumbres en torno a las indescifrables funciones de un texto.

En las fabulas reseñadas Borges ha borrado al autor. Tanto los libros de su biblioteca y como su libro de arena rezan un sordo murmullo sin voz propia. Como Foucault, Borges campea la hipótesis de una configuración epocal en la que la figura del autor no tiene la relevancia que nuestra civilización ha puesto.

Queremos en este trabajo explorar la obra de Borges desde los avances que Michel Foucault ha desarrollado en torno al “lugar” del autor en el texto. Creemos que en la obra de autor de *Fervor de Buenos Aires* hay una serie de alusiones desde el discurso, desde lo metafórico y desde lo ficcional, en franca coincidencia con los postulados de Foucault. Nos limitaremos a hablar solo de coincidencias, fortuitas, arbitrarias, casi misteriosas, y descartamos cualquier interpretación en términos de “influencias”, contactos o apropiaciones, más allá del conocido placer por las fábulas borgeanas que el filósofo francés confiesa en el prefacio a *Las palabras y las cosas* (1997).

“¿Qué importa quién habla?” (1999, p. 329) con esta pregunta, resonancia interpelante de la voz de Samuel Beckett, Michel Foucault inicia su disertación ante los miembros de la *Société française de philosophie*, en la que desarrollará la tesis de la desaparición del autor como principio ético de la escritura contemporánea. La pregunta parece resonar en los pasadizos de la Biblioteca de Babel o entre las páginas del Libro de Arena, o en los anaqueles de *El guardián de los Libros* (1974, pag. 999), otro texto memorable sobre el que vuelve a lo mismo... ¿Qué importa quién habla? Cuando todo es texto, cuando el universo se resuelve entre los pliegues de la biblioteca, el nombre de autor se

inscribe como dato anecdótico y fortuito. Nadie habla, nada se dice, solo el significante y su hegemonía de caos universal, imponen una lógica tan indescifrable como indestructible.

La formulación de Foucault se orienta a *borrar* del texto la figura del autor como la individualidad histórica que precede, produce y da sentido a la obra. Es el autor como Sujeto el que desaparece, el “yo escribo” de la autoafirmación escrituraria, correlato en que se testimonia e inscribe el cartesiano “yo pienso.” Para Foucault no hay autor antes de la obra. Este es un efecto de la misma. Los términos hacedor y hechura se revierten sobre sí. Porque el que “hace” la función este caso es el texto mismo. El texto despliega funciones entre las que se recorta con transparencia la que llamamos *autor*:

“...el autor no precede a las obras. Existe un cierto principio funcional mediante el cual, en nuestra cultura, se delimita, se excluye, se selecciona; en una palabra, mediante el cual se obstaculiza la libre circulación, la libre manipulación, la libre composición, la descomposición, recomposición de la ficción.”¹ (1990, p. 30)

Se trata de la desaparición del autor como referencia singularizada e histórica del texto. Es un principio ético porque se trata de una regla inmanente que marca a la escritura como práctica:

“Puede decirse primero que la escritura de hoy se ha librado del tema de la expresión: sólo se refiere a sí misma, y sin embargo, no está atrapado en la forma de la interioridad; se identifica a su propia exterioridad desplegada. Esto quiere decir que es un juego de signos ordenados no tanto por su contenido significado como por la naturaleza misma del significante”;... (1999, p. 333)

Las palabras de Foucault bien pueden inscribirse en el texto borjano; “un juego de signos ordenados no tanto por su contenido significado como por la naturaleza misma del significante” ¿no es acaso el juego de una combinación posible desde los veinticinco símbolos a los que un axioma reduce la Biblioteca de Babel? El orden del significante despliega en la Biblioteca su régimen despótico.

“A cada uno de los muros de cada hexámetro corresponden cinco anaqueles; cada anaquel encierra treinta y dos libros de formato uniforme; cada libro es de cuatrocientas diez páginas;

¹ Nota al pie, presentada como *variante*. Foucault repitió esa conferencia, lo que ha generado esta variante.

cada página de cuarenta renglones; cada renglón, de unas ochenta letras de color negro. También hay letras en el dorso de cada libro; esas letras no indican o prefiguran lo que dirán las páginas.” (1974, p. 15)

El eje en torno al que se ordena la biblioteca no es la expresión, ni el “quien” de los textos, sino “la naturaleza del significante.” Cabe en definitiva en la biblioteca la resonancia de la pregunta foucaultiana de “¿qué importa quién habla?”

Esta cuestión para Foucault lleva a tratar el asunto del parentesco de la escritura con la muerte. En otros tiempos la escritura estaba vinculada con la inmortalización y la gloria, como es el caso de la epopeya y la épica griega; es decir, “la obra tenía el deber de aportar a la inmortalidad”, perpetuaba en el tiempo una existencia histórica y biográfica. Sin embargo, Borges dirá que la gloria “mira las entrañas y enumera las grietas” y “acaba por ajar la rosa que venera” (1974, p. 871). Se trata de la Oda *A un poeta menor de la antología*, quien resulta ser tan solo “una palabra en un índice” (1974, p. 871), alguien cuyo nombre ha sobrevivido al maltrato de los dioses y de los años, desde las “cenizas del olvido“. Solo desde ese lugar es posible oír la voz del ruiseñor de Teócrito, porque la obra tiene ahora el derecho de matar, es asesina del autor. Solo el olvido puede preservar la integridad del autor, en tanto existencia concreta en el tiempo. En discontinuidad con la épica de la gloria, Foucault cree, como Borges, que la obra inmortalizada mata, destruye a la rosa venerada, ya que desdibuja al autor en el carácter de un “quien”, señala su emplazamiento como la singularidad de una gran ausencia. *El autor es una “función” del texto* -Foucault insistirá con esta categoría- que se cumple desde su ausencia, desde el papel del muerto. La obra se abre camino por sí sola e incorpora en su textura una referencia *lapidaria*, cuyos datos cumplen la función de referir al interior de un conjunto. El papel de autor se delinea desde los bordes internos del texto, no ya desde lo histórico biográfico, es una relación de atribución, un lugar de referencia, un procedimiento clasificatorio. Un texto “pertenece” a Cervantes, a Shakespeare o a Quevedo, en la medida en que pide ser incluido al interior de un conjunto que lleva la misma etiqueta. Así parece sugerirlo la biblioteca de Borges, en donde se describen libros confusos e indescifrables que fatigan la inteligencia de descifradores, pero no se menciona a autor, parece ser un dato irrelevante. Aun más, hasta los sistemas de clasificación los precinden.

Lo mismo *El Libro de arena*, una infinita multiplicación de páginas que no acusan autor, y en las que su “expresión” pasa a ser irrelevante por la naturaleza inconmensurable del significante.

En *Luna de Enfrente*, primer poemario de Borges, hay una inscripción que tempranamente resulta reveladora de este pensamiento. La misma está dirigida “a quien leyere” y dice: “Si las páginas de

este libro consienten algún verso feliz, perdóneme el lector la descortesía de haberlo usurpado yo, previamente. Nuestras nada poco difieren; es trivial y fortuito la circunstancia de que seas tú el lector, y yo el autor”. (1974, p. 15). El texto nos invita a pensar. El que habla no es el autor, o en todo caso es uno de los múltiples egos del autor, cuestión que abordaremos adelante. El que habla es alguien que quiere tomar distancia del lugar del autor, porque ser autor o lector “es trivial y fortuito”, es una nada que se emplaza en un nombre para ser clasificada. La inscripción sugiere algo como “nosotros, autor y lector, como individuos históricos, no somos nada, porque el nombre del autor no es más que un lugar de referencia”.

Los enfoques más recientes de la crítica estructuralista han avanzado en esta dirección al prescindir en el análisis de la referencia al autor. La obra se aborda en sí misma, a partir de una puesta entre paréntesis de cualquier referencia histórico biográfica. Se trata de “analizar la obra en su estructura, en su arquitectura, en su forma intrínseca y en el juego de sus relaciones internas” (1999, p. 334).

Para Foucault esto nos lleva a plantear el problema de la obras. ¿Qué es una obra? ¿Todo lo que escribe un autor es una obra? Se pregunta. Pero la palabra “obra” no es menos problemática que la individualidad del autor, con lo cual la cuestión se complejiza.

Lo mismo pasa con la noción de escritura, que bloquea la constatación de la desaparición del autor, “preserva todavía la existencia del autor” (1999, p. 335), hace subsistir las representaciones que han formado una imagen de autor.

Este tema es llevado por Borges a una suerte de reducción por el absurdo en la fabula de *Pierre Menard, autor del Quijote* (1974, p. 444). Se trata de un cuento que pone en crisis la noción de autor y la noción misma de escritura. Pierre Menard es alguien que escribe *El Quijote*, muchos siglos después de Cervantes. Lo absurdo es que se trata de un texto que replica la novela de Cervantes. No se trata de una nueva versión. Es el mismo encadenado significante, que ha tomado distancia de sí mismo, y ha encontrado refugio en otro nombre de autor. Al vincularse con otro nombre de autor, cambia su sistema de referencias y por lo tanto, se producen desplazamientos que modifican al texto. El texto de Menard es anacrónico, el de Cervantes es perspicuo y contemporáneo. El cuento es una suerte de reducción al absurdo de la hipóstasis del autor. Si el autor es una función del texto, entonces no hay autor o todos lo son, porque es el texto el que lo precede todo. “Todo hombre debe ser capaz de todas las ideas y entiendo que en el porvenir lo será” (1974, p. 450). ¿Estará sugiriendo Borges que ese porvenir no es otro que una futura construcción epocal en la que la función autor haya desaparecido de nuestra civilización, en la que los discursos “se desarrollarían en el anonimato de un

murmullo”, como aventura Foucault? No lo sabemos, pero no podemos negar que resulta una sugestiva coincidencia.

2. El nicho del autor ausente: *El tamaño de mi esperanza*

Por eso Foucault va a insistir en que no se trata de proclamar la desaparición del autor, sino de localizar el lugar vacío de esa desaparición, el nicho de ese cuerpo insepulto. Localizarlo implica explorar la densidad del nombre y su función. Para Foucault el *nombre de autor* no funciona en el discurso de la misma manera que el *nombre propio*. El nombre propio tiene un carácter descriptivo, es “un dedo apuntado hacia alguien”. El nombre de autor tiene algunas diferencias específicas que lo distinguen. Nombre de autor y nombre propio no son “isomorfos”.

Diferencias:

- 1.El nombre de autor ejerce un papel respecto de los discursos: clasifica, reagrupa, delimita, excluye, opone, establece relaciones entre textos. Caracteriza un modo de ser del discurso y establece un determinado modo de recepción. Borges diría que un texto, la función que juega un texto, inventa a sus precursores, “modifica nuestra concepción del pasado” (1974, p.712), porque lo subsume bajo nuevos esquemas clasificatorios.
- 2.El nombre de autor ejerce también un recorrido diferente al del nombre propio. No va del interior del discurso al individuo real y exterior, sino que transita por los “bordes” del texto, los recorta, los caracteriza.
- 3.En nuestra cultura existe un cierto tipo de discurso que se ha distinguido de otros, por estar provisto de la “función autor”. Una carta, una nota de agenda, un mensaje de texto no tienen esta función; aun en el caso de que lleven “firma“, son “el dedo” que apunta hacia alguien.

Esta diferencia entre nombre propio y nombre de autor se hace visible en una historia que María Kodama cuenta sobre Borges en el prólogo a *El tamaño de mi esperanza*. Según Kodama en su juventud Borges publica dos libros de ensayo que después el mismo los borraría de su obra. Los libros son *Inquisiciones* (1925) y *El tamaño de mi esperanza* (1926), que se publican sucesivamente en 1925 y 1926. Resulta ser que esos libros se agotaron y Borges, el existente biográfico e histórico, decide desconocerlos como autor. Cuando alguien cierta vez le preguntó por *El tamaño de mi esperanza*, respondió “que ese libro no existía y le aconsejó que no lo buscara más” (1993, p. 7, *Inscripción preliminar* de María Kodama). Lo interesante es que la persona que preguntó por el libro lo llamó al

día siguiente por teléfono y le dijo que se quedara tranquilo que el libro existía y estaba en la Bodleiana.

Lo que nos llama a pensar desde la anécdota es que Borges ha querido distanciarse del nombre de autor, sin poder hacerlo porque el nombre ya estaba instituido como función del texto. *Borges* era ya una producción de *El tamaño de mi esperanza*. Jorge Luis -por llamar así al individuo que está en la génesis escrituraria del libro- quiere desconocer el texto como quien desconoce una carta, pero el texto ya existe como texto y Borges ya existe como nombre de autor, es decir, ya cumple funciones muy diferentes a las del nombre propio:

- El nombre del autor de *El tamaño de mi esperanza* opera como una categoría clasificatoria. Agrupa y distingue, señala fronteras, abre contactos.
- El nombre del autor de *El tamaño de mi esperanza* recorta los bordes del texto, señala un campo que podemos llamar lo borgeano.
- El nombre del autor de *El tamaño de mi esperanza* no es una firma en un mensaje, no es el señalamiento de un alguien, es una función al interior de un discurso que en nuestra cultura no puede pensarse sin un nombre, pero ese nombre se delinea por afuera del nombre propio, lo desconoce, como Borges desconoce a Borges.

3. La función “hace” al autor: *Borges y yo*

¿Cómo se caracteriza un discurso que está provisto de la función-autor? Foucault establece cuatro caracteres diferenciales de estos discursos:

1. La función autor está vinculada al sistema jurídico e institucional que rodea, determina y articula los discursos. Tales discursos son objetos de apropiación.
2. La función autor no se ejerce de un modo universal y constante en todos los discursos, en todas las épocas y en todas las formas de civilización. En nuestra cultura no todos los textos piden una atribución. Pero hay cierto tipo de textos que no pueden ser aceptados si no están dotados de esta función. Es el caso en especial de los discursos “literarios”.
3. No se forma espontáneamente como la atribución de un discurso a un individuo. Es un sistema de operaciones complejas y específicas de construcción de un cierto ente de razón. Lo que es designado como autor es el resultado de comparaciones, continuidades, exclusiones y otras operaciones reconocibles en el texto. Para la construcción de la función autor (o para “encontrar” al autor) la crítica moderna utilizó esquemas bastante parecidos a los de la exégesis cristianas

resumidas en el *De viribís illustribus* de San Jerónimo: a) nivel constante de valor, b) coherencia conceptual, c) unidad estilística, d) momento histórico definido localizable en un punto de encuentro de acontecimientos.

4. Los discursos que están dotados de la función-autor conllevan una pluralidad de “egos” en que se pulveriza el autor. No es el mismo yo el que funciona en el prólogo, que los que hablan en uno u otro momento del discurso. No es el mismo el ego que habla en la inscripción preliminar de *Luna de enfrente*, que el que se autorreferencia, por ejemplo, en el verso “volví a la casa de mi infancia / y todavía me es ajeno su ámbito” (1974, p. 36). Ese desdoblamiento es llevado hasta el extremo en el texto “Borges y yo”, en el que la función autor estalla en una pluralidad de egos. El texto acusa dos egos, el que se inscribe como una construcción de su propia literatura y el que se autorreferencial como sujeto histórico y biográfico, el que se adjudica los gustos de “los relojes de arena, los mapas, la tipografía del siglo XVII, las etimologías, el sabor del café y la prosa de Stevenson” (1974: p. 808). Pero ese sujeto auto referenciado no es tampoco el individuo histórico. Además está el narrador que habla de ellos, que es el que los pone en el texto, desplazándolos hacia el lugar del personaje. El mismo desplazamiento se produce en el cuento “El Otro” de *El Libro de Arena* (1975, p. 9 - 21).

4. Las discursividades instauradas y el retorno al origen

Hasta aquí el análisis de Foucault se ha limitado a los autores de libros. Sin embargo, en el Siglo XIX, en Europa aparece un tipo especial de autor, que no pueden ser confundidos con los otros. Se trata de aquellos a quienes llama “fundadores de discursividad”. Su particularidad consiste en que no solo son autores de obras, sino ha producido “la posibilidad y la regla de la formación de otros textos” (1999, pag. 344). Se trata de Marx y Freud, entre otros. La instauración de la discursividad se diferencia de la fundación de científicidad en que esta última “el acto que la funda está al mismo nivel que las transformaciones futuras” (1990, p. 345). Mientras que la instauración discursiva no forma parte de sus transformaciones posteriores, sino que permanece desde cierta distancia “sobrevolándolas”. “Para decirlo de manera muy esquemática: la obra de estos instauradores no se sitúa en relación con la ciencia y en el espacio que ella dibuja; sino que es la ciencia o la discursividad, la que remite a su obra como una coordenadas primeras” (1999, p. 346). Lo que implica que en estas discursividades nos encontremos con la exigencia de un “retorno al origen”. Este movimiento es el que caracteriza a estas instauraciones. Para que exista este retorno es necesario que exista el olvido, no accidental, sino

esencial y constitutivo. Con lo que concluye que este movimiento es un trabajo efectivo y necesario de la discursividad misma. Finalmente, Michel Foucault concluye que si la función autor es compleja de por sí, conlleva otras determinaciones cuando se trata de estos conjuntos discursivos complejos.

5. La función autor: una configuración epocal o la borgeana metáfora de una Biblioteca Anónima

El análisis de la función autor nos lleva a tratar al sujeto como una función, desplazarlo del lugar del fundamento originario. La función autor no es esencial ni imprescindible, se trata de una función históricamente construida, una configuración epocal. Es, por lo tanto, posible imaginar una cultura desprovista de ella, en la que los discursos “se desarrollarían en el anonimato de un murmullo”. (1999, p. 351). Algo de eso está pasando en nuestro tiempo. En la web circulan millares de textos que no llevan inscrita la función autor, que a la vez conviven y se superponen con textos clásicos - especialmente literarios- a los cuales esta función le es constitutiva. Se trataría de dos cortes epocales superpuestos, dos tipos de discursos que circulan por el mismo andén. Otra vez, aparecen las asociaciones entre el universo de la web y la biblioteca de babel, el libro de arena, e incluso, por qué no, el Aleph de un pantalla que muestra en simultáneo la totalidad de lo visible.

Finalmente, hablar de la desaparición del autor no significa hablar de su inexistencia. Se trata de entender a nuestra cultura occidental desde un tipo de discurso dotado de esta función, “definir de qué modo se ejerce esta función, en qué condiciones, en qué campos, etc.”. (1999: p. 356). El autor como existente histórico biográfico es un lugar vacío del texto, una gran ausencia. Su nombre no es un nombre propio, es una función al interior de un texto, del que podríamos decir lo que Borges en *Everything And Nothing*: “Nadie hubo en él” (1974, p. 803).

Bibliografía

Foucault, Michel (1997), *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. México D.F., México: Siglo veintiuno.

Foucault, Michael (1999), *Entre filosofía y literatura*. Barcelona, España: Paidós .

Blanchot, Maurice (1988), *Michel Foucault, tal y como yo lo imagino*. Valencia, España: Pre-textos.

Borges, Jorge Luis (1974), *Obras Completas*, Buenos Aires, Argentina: Emecé.

Borges, Jorge Luis (1975), *El Libro de Arena*, Buenos Aires, Argentina: Emecé.

Borges, Jorge Luis (1993), *El tamaño de mi esperanza*, Buenos Aires, Argentina: Seix Barral Biblioteca Breve.

Borges, Jorge Luis (1994), *Inquisiciones*, Buenos Aires, Argentina: Seix Barral Biblioteca Breve.